

# **Medios de comunicación y análisis de coyuntura. Una propuesta de abordaje.**

Martinez Laureano.

Cita:

Martinez Laureano (2010). *Medios de comunicación y análisis de coyuntura. Una propuesta de abordaje. V Congreso Latinoamericano de Ciencia Política. Asociación Latinoamericana de Ciencia Política, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-036/378>

Título: Medios de comunicación y análisis de coyuntura. Una propuesta de abordaje.

Laureano Martínez. [martinez.laureano@gmail.com](mailto:martinez.laureano@gmail.com). Universidad Nacional de Rosario. Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales.

Área temática: Metodología y Enseñanza en Ciencia Política. Sub-área: Debates metodológicos.

Proyectos de investigación: “*Política, temporalidad y subjetividad en el análisis político periodístico especializado, hoy*”. Código: 1POL131. Directora: Cristina Díaz.

“Trabajo preparado para su presentación en el V Congreso Latinoamericano de Ciencia Política, organizado por la Asociación Latinoamericana de Ciencia Política (ALACIP). Buenos Aires, 28 a 30 de julio de 2010”.

#### Resumen:

La problemática general en que se inscribe este trabajo, está dada por las formas en que la Ciencia Política aborda sus objetos de estudio, específicamente los vinculados al acontecer político de nuestro presente. A partir de una indagación en los medios gráficos, se despliegan tres interrogantes. ¿Qué concepción de la política subyace en cada analista? ¿Qué sujetos políticos son privilegiados para dar cuenta de la coyuntura? ¿De qué modo conciben a la temporalidad? A partir de ellos, el trabajo analizará una de las formas en que mediáticamente se construye el saber sobre los sucesos políticos de nuestro presente nacional.

#### *Introducción:*

En el siguiente trabajo se expondrán algunos de los ejes que conforman el proyecto de Investigación “*Política, temporalidad y subjetividad en el análisis político periodístico especializado, hoy*”, dirigido por la profesora Cristina Díaz, radicado en la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Rosario.

El proyecto expresa la modalidad de abordaje de la coyuntura política nacional en la cátedra de Análisis Político del primer año del ciclo superior de la carrera de Ciencia Política. Es, en este sentido, una propuesta pedagógica y didáctica. Supone, pues, una metodología, entendida como una “caja de herramientas”. Esto implica que no ofrece *un* modo de realizar análisis político, sino que pretende brindar los elementos teóricos y prácticos para lograr dicha tarea, entendiendo que el objeto que le es propio permite – y requiere – un modo de acercamiento que responda a las características de cada coyuntura y a la perspectiva que cada analista *decida* adoptar.

Su título propone un trazo. Tres conceptos – *política, temporalidad y subjetividad* – demarcan una perspectiva que se orienta hacia su blanco, *el análisis periodístico especializado*, que es a su vez cercado temporalmente: *hoy*.

La propuesta consiste en formar una figura – “el análisis político”, siempre condicional, parcial, justificada fundamentalmente por la situación que la convoca. Los conceptos no son “ya” tres conceptos. Es sabido que no hay concepto simple, y que

cada concepto requiere permanentemente que se actualicen sus componentes. Y no es simplemente una cuestión de “autores” o de “tradiciones”, la consigna es permanecer siempre en el orden de los interrogantes, de los problemas, componer la figura pero sin *olvidar* su carácter contingente. Por ello, sin bajar la voz, y asumiendo las consecuencias polémicas, nos animamos a decir... *Anything goes*. Allí radica su apuesta y su fortaleza.

Al interrogarnos por categorías del pensamiento político, una aclaración debe ser establecida. Debe tenerse en cuenta la singularidad que les es propia. Como ha puesto de manifiesto J. Pocock, un análisis de los términos políticos debe realizarse a partir del estudio del lenguaje utilizado “cotidianamente” para dar cuenta de los fenómenos políticos y de los cambios sufridos en ese lenguaje. Pero este estudio no debe pensarse como una mera sistematización cronológica de los sistemas intelectuales. Rescatando la noción de *paradigma* utilizada por Kuhn, Pocock entiende que las disciplinas vinculadas al pensamiento político deben considerarse como un lenguaje formalizado, como una actividad de comunicación directamente vinculada a la distribución de autoridad en un sistema social, por lo que una historia del pensamiento político se vincula directamente con el contexto en que el lenguaje político es *puesto en uso*. De otro modo, puede decirse que el pensamiento político puede ser definido como la explicación del lenguaje político y las conexiones entre el sistema de lenguaje y el sistema político.

En este sentido el lenguaje político está en íntima relación con una política del lenguaje, en la medida que se relaciona con una serie de dispositivos que permiten visualizar la variedad de funciones de “autoridad” que el lenguaje puede realizar y el tipo de expresiones políticas que pueden ser realizadas por éste, como con la diversidad de contextos en los cuales el lenguaje político puede ser puesto en juego y los efectos políticos que puede ejercer. El lenguaje político consiste en una densa textura que puede ser diferenciada y analizada por distintas disciplinas, pero que nada puede impedir que circule y afecte otros espacios y contextos. En efecto, es parte del carácter plural de las sociedades políticas que sus redes de comunicación permitan que el lenguaje apropiado en un determinado nivel de abstracción pueda ser utilizado en otros espacios, con fines diferentes, por lo que el lenguaje político no se refiere solamente a las actividades, instituciones y valores conceptualizados como materia propia de la teoría política.<sup>1</sup>

Así, podemos decir que el Análisis Político – el objeto que nos convoca – no se desarrolla en un espacio exclusivo. Lo encontramos de hecho en los medios de comunicación, como herramientas de las organizaciones sociales y de los partidos políticos, en las tareas de asesoría a los cargos políticos electos, en los espacios académicos, por mencionar sólo algunos casos.

En lo que sigue nos propondremos, en un primer momento, hacer un breve repaso del eje que da nombre al proyecto, para bosquejar el instrumental que sostiene su “*método*”. Posteriormente, a modo de ejercicio, analizaremos algunos de los analistas políticos referentes de los principales medios gráficos de nuestro país, fundamentalmente el periodista de Página/12 Mario Wainfeld. El recorte temporal estará abocado a lo que se dio en llamar “la crisis del campo”<sup>2</sup>, puesto que el nivel de antagonismo que caracterizó dicha coyuntura, tuvo como efecto una proliferación de

---

<sup>1</sup> POCOCK, J. G. A. *Politics, Language and Time: Essays on Political Thought and History*. The University of Chicago Press 1989.

<sup>2</sup> Específicamente seleccionamos los trabajos de Mario Wainfeld entre principios de marzo de 2008 y fines de julio del mismo año. Es decir, el período en que se decretó la resolución 125 sobre retenciones a las exportaciones de granos y la derogación de la misma.

herramientas y estrategias propias del análisis político, tanto en los medios de comunicación como en los espacios académicos y actores involucrados. Se intentará en particular, revisar el andamiaje teórico que sostiene sus intervenciones y, en este marco, relevar las concepciones sobre el espacio de la política, las subjetividades políticas, y la temporalidad que se hacen manifiestas en sus análisis.

Intentaremos visualizar el modo en que Wainfeld teje analíticamente el sentido de la coyuntura política, identificar las herramientas teóricas y conceptuales usadas, y detectar los recursos retóricos esgrimidos en dicha tesitura. Interesa a nuestros propósitos interrogar las sedimentaciones de los discursos teóricos que pululan en los análisis y, por tanto, marcar la intencionalidad *política* que el uso de determinadas categorías y conceptos puede revestir.

### *Política, temporalidad y subjetividad...*

Cada uno de estos términos representa por sí mismo un problema con infinitas aristas. A los fines de nuestro trabajo, se intenta abordar una serie de interrogantes que permitan poner en cuestión las categorías heredadas, desde las “tradiciones” de discurso más reconocidas, hasta los usos cotidianos de los términos políticos.

Una constatación abre nuestras indagaciones: las herramientas que nuestra disciplina – la Ciencia Política – privilegia para dar cuenta de la realidad que aborda, están sustentadas en un horizonte categorial en *crisis*. En efecto, una de las características centrales del siglo XIX es la entronización de toda una estructura política de técnicas de individualización y procedimientos de totalización que comenzó a gestarse en los comienzos mismos de la modernidad, esta tecnología de poder no es sino el Estado moderno. En el campo del pensamiento político, esto tuvo como correlato la preeminencia de un conjunto de categorías que son las que sufren, a nuestro entender, una serie de desajustes con la caída del umbral de la modernidad. Es decir, como propone Esposito, que el léxico tradicional de la política occidental no se muestra totalmente adecuado para definir los sucesos contemporáneos: los conceptos, las categorías con las cuales fue pensada la política, dejan en los márgenes un lado “impensado” e “inexpresable”. Ese obstáculo proviene, en buena parte, de la persistencia de perspectivas que abordan la política privilegiando la Unidad – el soberano, el Estado – como constituida por la determinación de un conjunto de individuos (sujetos de derecho), vinculados por la relación de *representación* que allí se establece y por derecho y la ley como instancias mediadoras.<sup>3</sup>

Pareciera entonces que el pensamiento político tradicional no hubiera sido sustancialmente afectado por aquel “torbellino deconstructivo” que en otros ámbitos del saber puso radicalmente en discusión la posibilidad de enunciación “positiva” de su propio objeto. Como si el pensamiento político no tomara en cuenta la productividad heurística que surge a partir de pensar los grandes conceptos canonizados por las disciplinas, los conceptos de larga data de nuestro léxico político, no como entidades clausuradas, sino como “términos”, como señal de los límites, a la vez que lugares de superposición contradictoria, donde intervienen los lenguajes más diversos.<sup>4</sup> El pensamiento político, inmerso en interminables disputas disciplinares no hace sino

---

<sup>3</sup> ESPOSITO, R. *Categorías de lo impolítico*. Katz Editores, Buenos Aires, 2006.

<sup>4</sup> ESPOSITO, Roberto. *Categorías de lo impolítico*. Katz Editores. Buenos Aires, 2006. p. 18.

profundizar la brecha entre política y pensamiento. De hecho, parece ser el pensamiento político mismo el que genera esa brecha insalvable.

Si permaneciéramos totalmente fieles a las pretensiones de un discurso científico, deberíamos procurar que el pensamiento político ofreciera respuestas al campo político. ¿Pero no es un riesgo que el pensamiento político ofrezca siempre respuestas? ¿Qué estatuto les otorgaríamos en ese caso a los interrogantes? ¿No se ha insistido demasiado en la precariedad de una verdad que se piensa como adecuación? La Filosofía Política, en sus pretensiones de discurso fundante, y la ciencia política, con sus pretensiones de objetividad, de neutralidad, científicidad, etc. ¿No siguen presas en su afán de pensar siempre la política como representación? ¿Y acaso no niega la representación misma la realidad misma de la política, es decir, el conflicto, lo irrepresentable?<sup>5</sup> De aquí el primer eje de nuestro abordaje. Indagar la noción de política subyacente en los analistas, según contemple u obture la dimensión conflictiva. Sin duda no será el discurso periodístico de nuestro tiempo el que venga a resolver los interrogantes que planteamos al pensamiento político, pero creemos que es un discurso que requiere ser interrogado, dado el lugar que ocupa en las sociedades contemporáneas.

Segundo eje: la temporalidad. Frente al problema de la temporalidad puede adoptarse lo que Bourdieu llama una “situación escolástica”, es decir, una relación libre con el tiempo, por lo que este último es supuesto como algo “con lo que se mantiene una relación de exterioridad, de sujeto frente a objeto”<sup>6</sup>. El tiempo sería de este modo una realidad preestablecida, en sí, anterior y exterior a la situación – a la coyuntura – que se desea describir. ¿Pero es esta la forma del tiempo *puesta en juego* por los actores de una coyuntura? ¿La temporalidad no es acaso una *temporalización* inmanente al campo de disputa? ¿Existe un desarrollo necesario del tiempo histórico, o por el contrario es el resultado de las contingencias propias del campo político y la sedimentación (siempre parcial) de un conjunto de experiencias que abre una brecha entre expectativas de acción y posibilidades de acción? Nos inclinamos a pensar que los asuntos de acción política son el correlato de experiencias, de prácticas que temporalizan el espacio político, lo cual poco tiene que ver con el cálculo racional de una acción, que supondría el tiempo como una variable externa. De allí el propósito de indagar en los analistas el lugar otorgado a la temporalidad, que podrá ir desde el orden de aquello que trasciende la coyuntura y le otorga sentido, hasta concebir la o las temporalidades como internas e inmanentes al terreno de disputa política.

Tercer eje: la subjetividad. Se sabe, la forma de concebir la subjetividad política dista de ser unánime. Se encuentran desde concepciones sustancialistas que destacan el sustrato “racional” de la subjetividad, donde el *ciudadano* es el sujeto (de derecho) por excelencia, hasta concepciones que vinculan la emergencia de la subjetividad política con acontecimientos, no siempre exentos de violencia, cuyo caso paradigmático es la revolución y donde el sustrato predominante de la subjetividad es de carácter irracional, pasional, violenta.

No se trata de entrar en una discusión para arribar a saber lo que el sujeto “es”, suponiendo que fuera el mismo sujeto en un amplio abanico que pasa por Marx, Nietzsche, Freud, Heidegger, Lacan, Foucault, Althusser, Badiou y tantos otros. Permanecer en un plano problemático implica sostener que el sujeto, lejos de haber sido “liquidado”, ha sido reinterpretado, desplazado, descentrado, reinscrito por los autores

---

<sup>5</sup> ESPOSITO, Roberto. *Confines de lo político*. Editorial Trotta. Madrid, 1996. pp. 19-37.

<sup>6</sup> BOURDIEU, Pierre. “El ser social, el tiempo y el sentido de la existencia” en *Meditaciones pascalianas*. Anagrama, Argumentos, (Barcelona, 1999). p. 275.

mencionados, lo cual nos arroja, de la mano de Derrida, a la siguiente pregunta ¿Qué ocurre con las problemáticas que presuponen una determinación clásica del sujeto como la objetividad científica o ética, el derecho, la neutralidad, la transparencia, etc.?<sup>7</sup>

Avancemos entonces hacia una topología de los términos propuestos: ¿Qué lugar ocupan la política, la temporalidad y la subjetividad en los análisis?

### *Análisis periodístico especializado, hoy.*

Nos detendremos ahora en los principales conceptos que componen el esquema analítico de Wainfeld. En efecto, nos gustaría indicar que existe una serie de conceptos que nos permiten entender la concepción de la política y revelarnos las opciones “político-hermenéuticas” del periodista en cuestión. Estas nociones son el *Estado*, la *subjetividad política*, la concepción de *Democracia*, sus referencias al *espacio público*, al *conflicto* y finalmente a la *violencia*. Analizaremos estos términos teniendo en cuenta las características de la coyuntura, definida por una disputa por el excedente económico, pero también por la posesión de cierto “capital simbólico”, reflejado en los usos de cierta legitimidad acaparada/construida de los actores.

En primer lugar haremos referencia al concepto de *democracia*. Difícilmente encontremos algún analista que no haya apelado a la noción de democracia a la hora de analizar la “crisis del campo”. Pero este uso común no implica que el término tenga en todos los casos el mismo sentido. Por el contrario, es uno de los conceptos centrales en la disputa de sentido.

*“Pero el Gobierno todo (y la Presidenta) ayer descuidó condimentar su gobernabilidad con uno de los mandatos del sistema democrático: mantener instancias de negociación permanente con todos los sectores, incluidos los discolos.”* (Página/12, 26-03-08). *“La democracia, al fin y al cabo, es un sistema de negociación permanente en la que la apelación al número y al poder es el último recurso, siendo disfuncional que sea el único. Un sistema de negociación que envuelve a todos y no sólo a los que comulgan entre sí.”* (Página/12, 30-03-08).

Si bien en principio no se encuentra nada distinto en el sentido del término democracia de lo que podemos hallar en otros autores, la diferencia radicará en el lugar otorgado a la conflictividad política.

*“La democracia no excluye los enfrentamientos ni los conflictos, los regula.”* (Página/12, 22-06-08). *“El Gobierno sigue teniendo de su lado la legitimidad emanada del voto y la voluntad política”.* (Página/12, 27-04-08). *“Las gentes en la calle o en las plazas trasfunden savia al sistema democrático”* (Página/12, 25-05-2008).

Que el gobierno obtenga su legitimidad por medio del “voto y la voluntad política” puede parecer una obviedad, pero su explicitación viene a cuento de uno de los ardidés mediáticos que nuestro columnista critica: el de la homologación del gobierno con las entidades agropecuarias. Wainfeld insiste en que la diferencia cabal entre el

---

<sup>7</sup> DERRIDA, Jacques. «Hay que comer» o el cálculo del sujeto. Entrevista realizada por Jaean-Luc Nancy. Versión castellana de Virginia Gallo y Noelia Billi. Revisada por Mónica Cragnolini., en *Confines*, n.º 17, Buenos Aires, diciembre de 2005.

Gobierno y la Mesa de Enlace es que el primero tiene la representación del conjunto de la sociedad, mientras la segunda sólo intereses sectoriales. A eso se suma que esos intereses sectoriales se ciñen a un “*liberalismo anacrónico y egoísta*” al cual contraponen un “*intervencionismo estatal*” aunque reconoce debería ser “*más sofisticado que el actual*”. (Página/12, 23-03-08).

“...*conciliar los intereses en tensión no es cosa sencilla. Y que ese esfuerzo denodado sólo puede ser encarado por el Gobierno, único representante del interés general que forma parte de la ya incordiante negociación. Las entidades del campo, en el mejor de los casos, representan a sus mandantes. No tienen ni los saberes ni las competencias para atender a tantos intereses en cuestión.*” (Página/12, 20-04-2008). “...*el Estado, encarnado en el Gobierno votado por el pueblo, no se equipara con las corporaciones. El Gobierno debe poner dique y coto a las demasías sectoriales y contemplar la complejidad de la trama de intereses en juego.*” (Página/12, 11-05-2008).

Nuestro analista toma parte en una coyuntura en la que la puja por la “interpretación pública de los hechos” asume cada vez más un carácter vertiginoso. Esta coyuntura, claro está, tiene como cifra la conflictividad. Una conflictividad que rebasa las “formas”, los “canales institucionales”. Los criterios en torno a los cuales Wainfeld toma posición son claramente ideológicos. “*La intervención del estado para compensar las desigualdades sociales*” como bandera de gobierno se halla envuelta en la disputa. En Wainfeld – quizá valga aclararlo una vez más, ya que no todos así lo entienden – conflictividad, análisis y opciones políticas están estrechamente vinculadas. La puja en el *espacio público* por imponer sus intereses es el motor mismo de la democracia.

El efecto de la conflictividad será la emergencia de distintas subjetividades políticas. La convergencia de intereses – no necesariamente homogéneos – en torno a las consignas de una puja tienen como correlato la emergencia de un sujeto que puede o no tener cierta permanencia en el espacio y el tiempo. En las sociedades democráticas, será luego virtud o defecto de los “actores políticos institucionales” – pongamos por caso a la oposición y al gobierno – poder capitalizar esas reivindicaciones como propias. En nuestro caso, una disputa económica deviene un problema de orden político con la constitución de la Mesa de Enlace como “sujeto político”, aglutinando cuatro entidades gremiales bien distintas en lo que refiere a los agentes que las componen.

“*La dirigencia del ‘campo’ tiene muchas más barajas en la mano que meses atrás. Será un sujeto político estimable de acá en más.*” (Página/12, 16-07-08).

En Wainfeld la emergencia de una subjetividad política está estrechamente vinculada a situaciones conflictivas. De allí, que bregue por dilucidar la filigrana que compone los acontecimientos, interpretando las “jugadas” y las tácticas que cada actor pone en juego. Pero, como veremos, esta conflictividad excluye la violencia, ubicando a esta última como límite de la política democrática.

“*Cartesianos, abstenerse: El lector que piense la escalada de decisiones sólo en términos de rational choice y en función del discurso de las entidades estará (supone el cronista) en un brete insalvable.*” (Página/12, 11-05-2008). “*Un nuevo sujeto político-social le disputó, con ventaja, el espacio público. Quedó enfrascado en un tema único, lo propuso como una disputa de suma cero, la perdió.*” (Página/12, 16-07-08).

No parece haber, en efecto, un espacio transparente para pensar la constitución política de los sujetos. Descartado una subjetividad trascendental, el rational choice y las lecturas que hacen eco de los lugares de enunciación de los actores en pugna y se sumergen en un pseudos-institucionalismo, queda dar cuenta de la constitución de un sujeto político-social que a fuerza de aciertos estratégicos y errores del gobierno, así como con la colaboración de los medios y la anuencia de la oposición logra amalgamarse en torno a una propuesta que ya, lejos de ser sectorial, se convierte en una revelación de las posturas que aglutinan una serie de demandas dispersas en la sociedad.

Constatado este surgimiento de un nuevos sujeto político-social, no es casual que con el transcurrir de la crisis, Wainfeld haya pasado de subrayar la asimetría entre los “polos” en pugna (un gobierno que representa a todos vs. una entente de patronales sectoriales) a subrayar de manera incremental el papel del estado. En términos generales, durante la contienda que va tejiendo la coyuntura, el Estado es visto como la instancia que – por cuestiones ideológicas y políticas (Página/12, 16-03-2008) – interviene para morigerar los desequilibrios sociales. Esta visión del Estado dista de ser unánime en el análisis político. De hecho No faltaron – nunca faltan – quienes interpretan la intervención estatal como una “interferencia”. En este punto Wainfeld, a diferencia de muchos de sus colegas, toma posición explícitamente.

*“Todas las ideologías jerarquizan valores, al cronista eso le parece bien: en la suya la vida prima sobre la renta, la desigualdad es odiosa y al Estado le cabe mitigarla. Las rentas extraordinarias deben ser capturadas parcialmente por el Estado en aras de su redistribución. Los gobiernos democráticos representan (dentro del margen de sus competencias) a todos los ciudadanos, las corporaciones a sus integrantes.”* (Página/12, 23-03-2008).

El Estado entonces asume en Wainfeld la figura de un paleador de los desajustes que genera la búsqueda del interés privado, la “renta”. En este sentido, las clases de “carne y hueso”, como la burguesía nacional, que “suelen ser egoístas” precisan de una moderación que no se da de modo “natural” (Página/12, 13-07-08). El Estado es por tanto, más que una suerte de “cortafuego” liberal. Supone, por el contrario una política activa de moderación, equilibrio y compensación:

*“Una de las funciones esenciales del estado federal es la de compensar desigualdades entre regiones, entre estamentos sociales y entre generaciones. Procurar la equidad, establecer modos de reparto que tutelen a los más desfavorecidos. Un pacto social básico que solidifique la identidad común a través de mecanismos equitativos, igualitarios y preventivos”* (Página/12, 17-07-08).

Wainfeld sospecha que más allá de las retenciones, en la crisis también se disputa el rol del estado y la productividad de la política como condensadores de una identidad común.

Si tuviéramos que sintetizar parcialmente el esquema de análisis de nuestro columnista, podríamos decir que la coyuntura crítica de la “crisis del campo”, marcada por la puja por las retenciones a la soja – aunque como vimos trasciende ampliamente esa consigna – nos es mostrada a través de la sucesión de jugadas entre el gobierno, actor que por legitimidad y decisión política apela a políticas fiscales redistributivas, y “el campo”, actor heterogéneo y que aunque persigue fines particulares, fue moldeando la emergencia de un sujeto político-social “conservador”. El sistema democrático es



entendido por Wainfeld, de esta manera, como aquel sistema que permite dirimir este tipo de conflictos en el espacio público. La jerarquía propia del sistema político establece que es el gobierno quién tiene el derecho de establecer su política fiscal a lo cual se corresponde el derecho de los ciudadanos a manifestarse y reclamar cuando sus intereses se ven afectados.

Finalmente, un último concepto cierra este esquema de análisis. Es el concepto de violencia:

*“[...los dirigentes] dijeron que el objetivo de su medida de fuerza no era el desabastecimiento. Sí lo fue y en esa violencia finca su fuerza.”* (Página/12, 01-04-2008). *“La medida de fuerza superó todo antecedente conocido en la historia argentina. Los sindicatos jamás produjeron una medida semejante, ni aun en los tiempos combativos de la CGT de los Argentinos o la CGT Brasil. Las movidas piqueteras que escandalizaron a tanta “gente” bien pensante ni rozaron esas marcas. Subestimada por la gran prensa y buena parte de la oposición, la violencia del lockout fue su mayor recurso. Es entador hablar de los apoyos sociales que efectivamente tuvo, incluyendo los cacerolazos del living de la patria sublevado. Pero la potencia de la protesta se fundó en la violación de la ley escrita y de reglas de convivencia básica que fueron pasadas por arriba por los tractores, las 4x4 y las viejas F-100.”* (Página/12, 06-04-2008). *“No se trata de renegar de la presencia estatal ni, aun, de la eventual rudeza dentro de la ley de cara a jugadores que (el “paro histórico” lo comprobó) no escatiman ilegalidad ni violencia.* (Página/12 04-05-2008).

El concepto de violencia, cuando se lo vincula al orden de la política, puede dar lugar a una crítica, a un juicio. Las imputaciones de “violencia” en la coyuntura fueron comunes a los distintos sectores. Las ideas de “desabastecimiento”, “retenciones confiscatorias”, la intervención de la gendarmería, o el “desabastecimiento” fueron interpretadas como violentas según quién las ejerciera y quién las “padeciera”. En el esquema de análisis que intentamos describir, como en la mayoría de los análisis mediáticos, decir “violencia” implica posicionar a quien la ejerce por fuera del juego político democrático. En efecto, si “el campo” es violento, es ilegal y no democrático.

*“La violencia estuvo en la génesis de este conflicto, que debe cerrarse con las herramientas democráticas.”* (Página/12, 18-05-2008).

*“Con bastante terreno ganado tienen una deuda con la democracia que es renunciar a la promoción de escenarios violentos y dedicarse de lleno a la acción política”.* (Página/12, 08-06-2008).

*“La violencia: La democracia no excluye los enfrentamientos ni los conflictos, los regula. El uso de la violencia es muy otra cosa, se supone que su monopolio queda en manos del Estado. Hubo mucha violencia en estos meses, muy subestimada (o charramente negada) por comunicadores de toda laya y por la oposición. El lo-ckout por plazo indefinido, el desabastecimiento más largo de que se tenga memoria, episodios de brutalidad en los piquetes. Poco se analizó, mucho se ocultó, nada se puso en entredicho.* (Página 12, 22 – 06 - 08).

Más allá del uso estratégico del término (como operación descalificadora), entendemos que este concepto de violencia es el que le permite establecer al cronista el “límite” de su esquema de análisis y, de alguna manera, el punto sobre el que éste se sostiene para establecer la diferencia última entre “el campo” y el gobierno.

Por momentos, la coyuntura que analizamos tomó prestados de la historia los nombres, las consignas, su ropaje, su lenguaje, tal como dijera el barbado de Treveris. Esta “*puja por la narrativa política*” (Página/12, 01-06-08) ocupa un lugar central en el análisis de Wainfeld. Su perspectiva de abordaje consiste, precisamente, en la constante diferenciación de los componentes del juego. Además, esta actitud *analítica* – en el sentido de la exploración de los componentes – lo aleja del recurso a la “eterna repetición del antagonismo”, que abundó en los discursos en pugna, evitando el riesgo de encorsetar un suceso contingente en una serie que pertenecería al desarrollo de la historia, al mismo tiempo que permite, en cierta forma, cuestionar el carácter “necesario” de los acontecimientos presentes sacándolo del *continuum* necesario de significaciones históricas.

“... *Más allá de las razones relativas, sobre las que ya se habló, hay dos factores que inducen a la preocupación. El primero es la exacerbación de planteos binarios vetustos pero no removidos de la cultura política: campo versus ciudad, peronistas versus gorilas, clases medias urbanas versus trabajadores sindicalizados. Esas diadas no fueron demasiado fértiles en los últimos 50 años, o en el mejor de los casos se agotaron. Su reaparición en tantos relatos es una mala nueva en una sociedad que es más plural, más democrática, más compleja y, básicamente, distinta de lo que era medio siglo atrás.*” (Página 12, 26-03-08). “*Una sociedad civil tan vasta como la Argentina no se deja encasillar en dos bloques, menos en tiempos de despliegue económico. Obrar como si así fuera es una falencia del oficialismo que calca en eso al primer peronismo, suscitando lucidos reproches de Arturo Jauretche en sus textos canónicos, anche en el famoso Medio Pelo.*” (Página/12, 30-03-08).

Se conjugan así en Wainfeld una descomposición de los principales términos que construyen las narrativas en disputa con un análisis del “juego” o de la táctica llevada adelante por los agentes, como veremos posteriormente. Por el momento cabe retener que la “*modesta mirada impresionista*” del analista opera estableciendo permanentes distinciones. Nos advierte que la coyuntura es construida en el imaginario de forma dualista, cuando en realidad debe atenderse a la complejidad de los sujetos en pugna, a los errores y aciertos tácticos que llevaron a determinada “*subjetivación*” y no otra, al juego de intereses que operan al interior de esos sujetos y al juego de máscaras que estos proponen a la hora de auto-rotularse. ¿Pero acaso este *análisis* se cierra sobre sí mismo? ¿Acaso la descomposición de los términos se realiza sin ningún *criterio*? Creemos que no. Creemos que es aquí donde el *lugar del analista* se cruza con lo que entendemos por *su concepción de la política*. Nunca es posible enunciar “desde ningún lugar”, ya sea revestido de la forma de “neutralidad” o de un “periodismo independiente” que magullaría desde afuera al “poder político”. Como hemos mencionado al principio, desde el mismo recorte analítico de la coyuntura, los “hechos” que la marcan y los actores que en ella juegan, se halla el analista implicado en una particular apuesta político-hermenéutica.

La ponderación de la disposición táctica de los actores supone, como opción de mínima, el reconocimiento de un “tablero de juego” en el cual los movimientos tienen lugar. Por tanto, la apuesta analítica reverbera en la miríada de movimientos realizada por distintos actores y analizada por el periodista. Si por un lado, el “campo” encierra un conjunto heterogéneo e inestable de actores y por el otro, es necesario entender que

el “gobierno” no es un actor sin propias tensiones, las posibilidades explicativas aparecen ya multiplicadas por la complejidad analítica que esta constatación produce. En este sentido, Wainfeld decide asumir cierta complejidad y marcar las tensiones que las jugadas de los actores en danza implican.

Este intento analítico por captar el complejo entramado de relaciones que se esconden detrás del rotulo “el campo” o el “gobierno”, habilita el paso para una serie de cavilaciones en torno a la producción del periodista de Página/12. En efecto, hallamos en su análisis una fuerte impronta “táctico-estratégica” que hace hincapié en lo que, siguiendo a M. Dobry<sup>8</sup>, podríamos denominar la “disposición táctica” de los actores analizados. En esta perspectiva, nos instruye Dobry, la preocupación analítica por la coyuntura analizada se desplaza, desde sus “causas”, “determinantes” o “precondiciones”, hacia lo que se “juega” en ellas. De esta manera, la perspectiva Wainfeldiana (si como afirmamos, pudiera ubicarse dentro de esta traza), debería mostrarnos con cierto detalle las jugadas y movilizaciones que los actores realizan en una serie de enfrentamientos que se despliegan temporalmente a lo largo de la coyuntura.

En la crisis del campo, en efecto, la “unión por el espanto” de las entidades agropecuarias, lejos de ser un simple dato “duro”, supone para el gobierno (como aconseja Wainfeld) la posibilidad de detectar brechas y proceder en consecuencia:

*“La unidad en el reclamo por los pequeños y medianos es conducida políticamente por los grandes, a quienes detestan. La dirigencia de la Federación Agraria (FAA) y la de Confederaciones Rurales Argentinas (CRA) se pliegan al sesgo político impuesto por la SRA. La paradoja se complejiza como una charada. Los popes de la SRA y de Coninagro dan el tono radical a la protesta, aportándole sus sostenes mediáticos y de clase. Empero, sus rindes son tan enormes que, por abajo, son los más proclives a reanudar el diálogo con el gobierno. Ese esquema, asombroso sólo en apariencia, podría ser el germen de un acuerdo futuro. Los más grandes, lo confiesa su praxis, no necesitan nada nuevo del Estado. Los más chicos, díscolos y mal encuadrados, sí. La solución debería pasar por ellos, con medidas concretas que mejoraran su condición relativa: subsidios, créditos, reducción en el costo de insumos”* (Página/12, 23-03-08)

La cita es ilustrativa, toda vez que da cuenta de la importancia que Wainfeld da a las posibilidades tácticas que abre una crisis. A través del análisis de su compleja articulación, el periodista sostiene la alternativa que tiene el gobierno de “quebrar” la unidad del “campo” mediante acciones que generen la afloración de contradicciones (en la cita, la mejora relativa de las entidades pequeñas). La sugerencia se basa claro está, en el análisis de “jugadas” anteriores. La presidencia de Cristina Fernández, que parecía tender hacia “un horizonte estratégico auspicioso”, avance institucional incluido, en un contexto de bonanza, encuentra sus “márgenes tácticos”, por su propia sobreactuación mientras los grandes propietarios parasitan “la imagen de los afiliados de la FAA” (Página/12, 30 de marzo de 2008).

Por otra parte, estas apreciaciones de Wainfeld, la ilación de los acontecimientos, no podrían haberse dado (o mejor dicho, hubieran sido atendidas pero siempre subsumidas)

---

<sup>8</sup> Dobry, Michel. *Sociología de las crisis políticas. La dinámica de las movilizaciones multisectoriales*, Siglo XXI, Madrid, 1988.

en caso de que el periodista hubiera optado por analizar la coyuntura en un corte más “objetivista”. Pasemos a explicar.

En efecto, como anota Dobry parece haber una inclinación objetivista por aprehender la racionalidad de los procesos en la “long duree” y sacrificar los acontecimientos al pensarlos (no desde la óptica de “lo que se juega”), sino como “resultados” de un principio que regula toda la coyuntura. Pongamos un par de ejemplos.

Empecemos por una reconstrucción a la J.P. Feinmann de la coyuntura en la que se desenvuelve la crisis del campo. En ella, Feinmann intenta encontrar la clave heurística no en “lo que se juega” sino en cierto principio o lógica que parece regular los movimientos de la coyuntura, es decir, en una suerte de “discusión histórica” que nos acecha y en nuestra “obstinación” por repetirla. Para muestras un botón. En la nota de J.P. Feinmann, publicada en Página/12 el 20 de abril de 2008, leemos que su contratapa se aboca al golpe de 1955 para explicar la crisis del campo “porque en él todo esta prefigurado”, dado que en última instancia la discusión es “populismo vs. mercado”. Es claro que, en esta clave de lectura, las “jugadas” de los actores en la coyuntura serán subsumidas a esta disputa entre el “gobierno” (que encarna, en palabras de Feinmann la opción populista) y el “campo” (como simbolización de la postura pro mercado). La diferenciación entre pequeños, medianos y grandes productores del polo “campo” o las tensiones al interior del “gobierno” no serán, en consecuencia, momentos claves de la analítica feinmanniana.

Otro ejemplo lo constituye la intervención de E. Grüner, también en Página/12, el 16 de abril de 2008. Claramente el sociólogo distingue los análisis “tácticos”, como “la desobediencia a los más elementales manuales de política que recomiendan dividir al adversario, y no unirlo (y ni qué hablar de, además, dividir el frente propio); o la torpeza de apoyarse en personajes un tanto atrabiliarios de los cuales se sabe que –por buenas o malas razones – van a caer “gordos” a la llamada “opinión pública”, y las “opciones estratégicas”, como no profundizar las políticas (tributarias y otras) de redistribución del ingreso, utilizar las reservas fiscales para saldarla maldita deuda; renovar los contratos de ciertos medios de comunicación que se le pondrán en contra. Para luego reducirlos a un segundo plano, frente a un Gobierno que supone “la continuidad del capitalismo tal como lo conocemos” y que, como dice el mismo autor, en otros tiempo “menos eufemísticos” se denominaría propiamente “reformista-burgués”. Es claro, en este punto que, leída en esta clave “lo que se juega” en esta coyuntura crítica se halla encorsetado en las coordenadas de lo que el modo de acumulación capitalista define. No resulta extraño así, que para Grüner ninguna de las opciones táctico-estratégicas “son algo para reprocharle al Gobierno”, dado que en última instancia, como representante (aunque más no sea “en última instancia” y que simbólicamente sostenga representar a los más desfavorecidos) de los intereses de la “clase dominante”, su rango de acción es muy limitado.

Lejos, bastante lejos, está esta perspectiva de la de Wainfeld. Si “lo que se juega” define la coyuntura esta no puede subsumirse a un principio explicativo. La lectura de la crisis en clave de “corte” o la “cesura”, a menudo hipostasiada en metáforas políticas (como, por ejemplo, “revolución”), tiende a reducir la coyuntura a un “momento concreto” de realidades más “altas” o, también, más “profundas”.

En Wainfeld encontramos, entonces, una conceptualización de la coyuntura que intenta aprehenderla en su complejidad, en su dinámica propia. La forma en que esta dinámica se da, podría caracterizarse con una serie de adjetivos que tributan a una

definición de la política en un registro conflictivo. La “lucha” o la “disputa” se revelan, así, en la clave heurística de los acontecimientos que signan la crisis del campo:

*“Las sucesivas invocaciones al “diálogo” suelen subestimar que hay en juego una disputa de intereses. La negociación apela al diálogo, pero no es lo mismo, como explicó bien ayer en este diario Washington Uranga. La negociación no se limita a lo argumental, incluye correlaciones de fuerzas, se expresa vía presiones como la acción directa, aun la ilegal como el lockout del “campo”. Y siempre contiene elementos de regateo, muy soslayados en la mayoría de los análisis. En casi todos los casos se discute plata, aunque quede feo consignarlo”* (Página/12, 01-04-08).

A diferencia de otros analistas que plantearon el conflicto como un juego de “suma cero” (y también a diferencia del gobierno) el planteo de Wainfeld sostiene una concepción del juego político que, a falta de otro rotulo más creativo, denominaremos “abierto”. En esta concepción, como veremos, la sucesión de jugadas habilita al análisis la postulación de cierta “plasticidad” a las coyunturas observadas.

Wainfeld evita de este modo entonces, la habitual recaída de otros colegas en la concepción de la política como un juego “cerrado” o de “suma cero”, a menudo cristalizado en la construcción de oposiciones rígidas, dicotómicas, que intentan aprehender el complejo crisol de la coyuntura al que el análisis político se aboca. Tentación recurrente en otras plumas (por caso J. Morales Solá o M. Grondona), esta compulsión dicotómica trasunta, de manera poco elíptica, una (otra) intencionalidad política que busca la rápida complicidad del lector y, por qué no, el conformismo de opciones analítico-políticas mucho más cristalinas. Sintomático de estos análisis, es ese tufillo a malestar que, más allá de los posicionamientos políticos (nunca explicitados), invade las columnas de estos periodistas.

Tomemos a manera de ejemplo, y como contrapunto, la pluma de Morales Solá. ¿A qué nos referimos cuando hablamos de “malestar”? En realidad, queremos indicar una actitud de Morales Solá como pensador de la coyuntura que refiere a cierto tedio o descontento con “aquello que está pasando aquí/ahora”. De esto resulta que su columna usualmente termine por “trabajar” intelectualmente desde la insatisfacción, negación y condena del presente. Así, desde el vamos, la coyuntura no es simplemente un corte analítico, sino que también suele pensarse como en “off-side”, out of joint, desajustada.

Es esta sensación de ahogo, de encierro, índice del mencionado “malestar”, transmutada en la condena al presente mediante una repetida operación intelectual que contrasta (con cierto sesgo trágico) “aquello que está pasando ahora” y lo que “debería estar pasando ahora”. Este “deber ser”, remite a un modelo político-institucional ejemplar (al que podríamos denominar “republicano-democrático”) que funciona abonando ese malestar y por tanto, subsidiando la condena al presente que deja ver la pluma de Morales Solá. Sin embargo, este modelo ejemplar que ronda como un fantasma a lo largo de sus artículos, rara vez es explicado por el autor, apareciendo siempre de manera implícita o vagamente referenciado. No resulta curioso, por tanto, que el “deber ser” al que apela Morales Solá nunca sea explicado. En realidad, creemos, sólo se explica como aquello que, al no habitar el aquí/ahora, hace que el análisis del periodista tucumano funcione.

Por tanto, es posible indicar que su actitud “claustrófico- analítica” sólo puede tener como correlato la idea de un espacio “cerrado” donde la política funciona, haciendo más significativo (y de lo cual creemos, Morales Solá no da cuenta) que el “deber ser” que encarna su modelo político-institucional, se encuentra más allá (o

también, antes) de cualquier explicación sobre el mismo. Para nosotros el espacio cerrado, es claro en el uso de la noción de “escenario” o “teatro” para pensar la política, idea reforzada por el lenguaje cotidiano y por la larga tradición de metáforas teatrales que abonan el léxico político hace metástasis en los posicionamientos *políticos* de este analista.

Y esto por dos razones. En primer lugar, la idea misma de escenario supone la designación de un lugar privilegiado para la política, un *locus* específico donde ésta tiene lugar. Esta “topologización” de la política en un “escenario” (o “teatro”) tiene como resultado la minuciosa atención que Morales Solá presta a cada acto simbólico o material que estos actores realizan aunque como veremos, en clave distinta a la de Wainfeld. En segundo lugar, el otro riesgo que de la “topologización de la política” supone, es el reducir a los “actores de la política” a un número muy pequeño. La consecuencia más evidente es que, como contrapartida, Morales Solá termina por trazar un círculo analítico que excluye a numerosos actores por no encontrarse “adentro” del espacio institucional. Vemos entonces una infinita danza de menciones a políticos, sindicalistas y empresarios, pero por el contrario, se desconoce la injerencia de esos otros actores que, al no estar reconocidos en espacios institucionalizados como por ejemplo las movilizaciones o los actos, son minimizados o directamente despojados del rótulo de “actores políticos”. En conclusión, al asignar el “monopolio de la política” a políticos profesionales, grandes empresarios, sindicalistas se termina asumiendo que el accionar de ciertos sectores o grupos queda vedado, para el análisis, de implicaciones políticas. Esta “neutralización” analítica esconde, quisiéramos señalar, una operación de poder. Como afirma Žižek, “*toda neutralización de algún contenido parcial como no-político es un gesto político por excelencia*”<sup>9</sup>. De esta manera, los actores excluidos sólo pueden ingresar al análisis elaborado por Morales Solá bajo rótulos siempre recelosos de marcar los límites entre lo que debe ser considerado política y lo que no, y que en última instancia terminan sosteniendo una sospechosa (y conservadora) acusación de “no-politicidad”.

### Conclusión.

La política, la temporalidad y la subjetividad constituyen un horizonte de problemas pertinente para analizar los sucesos que nos son contemporáneos. Teniendo en cuenta que estamos pensando en una forma o metodología de enseñanza, creemos que lo arriba expuesto conforma un ejercicio de gran valor didáctico y pedagógico, puesto que invita a recorrer los caminos del pensamiento político, a la luz de situaciones concretas.

La propia definición o recorte analítico sobre lo que conforma la coyuntura (los “hechos” que la “marcan”) como sobre los actores que la determinan o son determinados por ella, implica una particular apuesta político-hermenéutica que marcan la especificidad y las potencialidades heurísticas y polémicas del propio análisis. En este sentido, la elección de una coyuntura concreta (la llamada “crisis del campo”) supone potenciar la lectura que el trabajo intenta realizar.

---

<sup>9</sup> Žižek, S. *El espinoso sujeto. El centro ausente de la ontología política*, Buenos Aires, Paidós, 2001. p. 207.

## Bibliografía

Artículos citados de Mario Wainfeld (todos en Página/12).

- “Dar vuelta la soja”, 16 de Marzo de 2008.
- “Los huevos de oro”, 23 de Marzo de 2008.
- “Una giornata particolare”, 26 de Marzo de 2008.
- “En el campo las espinas”, 30 de Marzo de 2008.
- “Sobre regateos y omisiones”, 1 de Abril de 2008.
- “La plaza, a ras del piso”, 2 de Abril de 2008.
- “Res pública Argentina”, 20 de Abril de 2008.
- “No hay dos sin tres”, 25 de Abril de 2008.
- “La morada de los Fernández”, 27 de Abril de 2008.
- “La ley de la ruta, parte II”, 8 de Mayo de 2008.
- “¡Otra vez soja!”, 11 de Mayo de 2008.
- “Para Belgrano y Güemes que miran por TV”, 25 de Mayo de 2008.
- “Yuyos recalentados”, 1 de Junio de 2008.
- “Los yuyos de la amargura”, 15 de Junio de 2008.
- “La salida al Congreso y a la calle”, 22 de Junio de 2008.
- “Rosedal, Congreso, su ruta”, 13 de Julio de 2008.
- “Dos actos en simultáneo antes de que sesione el Senado”, 16 de Julio de 2008.
- “El día más difícil”, 17 de Julio de 2008.

Otras fuentes periodísticas:

- Diario La Nación.
- Diario Clarín.
- Badiou, Alain. *¿Se puede pensar la política?* Ed. Nueva Visión, (Buenos Aires, 1990).
- Bourdieu, P. “El ser social, el tiempo y el sentido de la existencia” en “Meditaciones pascalianas” Anagrama, Argumentos, (Barcelona, 1999).
- Deleuze, G. y Guattari, F. *¿Qué es la filosofía?* Ed. Anagrama, Buenos Aires, 1993.
- Derrida, Jacques. “Hay que comer o el cálculo del sujeto”. Entrevista realizada por Jean-Luc Nancy. Versión castellana de Virginia Gallo y Noelia Billi. Revisada por Mónica Cragolini., en *Confines*, nº 17, Buenos Aires, diciembre de 2005.
- Dobry, Michel. *Sociología de las crisis políticas. La dinámica de las movilizaciones multisectoriales*, Siglo XXI, Madrid, 1988.
- Esposito, Roberto “Confines de lo político” Edit. Trotta, (Madrid, 1996).
- Lash, Scott “Postmodernidad y deseo” en Casullo, N. (comp.) “El debate modernidad post-modernidad”. El cielo por asalto – Edic. Punto Sur (Buenos Aires 1995).
- Scavino, Dardo “El giro lingüístico”, en “La filosofía actual” Paidós, Postales (Buenos. Aires, 1999).

- Žižek, S. *El espinoso sujeto. El centro ausente de la ontología política*, Buenos Aires, Paidós, 2001.